

El cuerpo productivo y sus efectos sobre la motricidad

The productive body and its effects on motor function

Ricardo Castaño Gaviria*

Resumen

El cuerpo productivo y sus efectos sobre la motricidad

Este trabajo explora, desde una perspectiva socio-histórica, la formación del cuerpo productivo, buscando evidenciar sus distintos momentos y fundamentalmente la manera como a través de éste se perfila un nuevo proyecto de hombre y de sociedad, donde el estudio de la motricidad debería utilizarse para comprender mejor los elementos que influyen el desarrollo humano en la actualidad en el campo del mundo del trabajo y las organizaciones.

Palabras clave: cuerpo productivo, trabajo, orden económico, motricidad, desarrollo humano, organización

Abstract

The productive body and its effects on motor function

This paper reviews the productive body development from a socio-historical approach, aiming to evidence its different stages and fundamentally how a new project of human being and society is informed through it. Such a project includes the use of motoricity theory to better understand the elements influencing human development in today's work and corporative world.

Keywords: productive body, work, economic order, motoricity, human development, organization

Introducción

Este texto se propone recoger e ilustrar los elementos generales que permitirían la relación entre los conceptos cuerpo y productividad¹ desde una perspectiva histórica, asociada a las formas del poder y la regulación en la sociedad de mercado.

El norte de esta indagación, en lo que respecta a la motricidad, lo constituyen los conceptos trabajo y organización como formas de expresión de los sistemas productivos. Los momentos históricos que se pretenden abordar como referentes generales están dentro de la transición de lo preindustrial a lo industrial y se extienden hasta el fenómeno posindustrial de manera breve y general, buscando solamente identificar qué circunstancias rodearon la construcción del cuerpo y la identidad de las personas, en razón de sus desempeños, sus actividades productivas y sociales.

El cuerpo productivo

La idea de cuerpo productivo hace referencia al papel político (centro de poder) que va adquiriendo el cuerpo en las relaciones económicas del mundo en proceso de modernización. Se

* Sociólogo, Magíster en Motricidad y Desarrollo Humano, Universidad de Antioquia. En la actualidad se desempeña como docente de cátedra en la Facultad de Comunicaciones y en el Programa de Regionalización de la misma universidad.

1. Este texto es uno de los productos de la investigación: *Cuerpo, trabajo y organización: la motricidad en la planta de Cementos El Cairo, de Argos S.A.* Tesis realizada para obtener el título de magíster en motricidad y desarrollo humano. Universidad de Antioquia, 2009.

podría hablar desde una perspectiva política para referirse a la “invención” del cuerpo, de los dispositivos de disciplinamiento y regulación corporal: mecanismos y formas de objetivación del cuerpo, concepción de un cuerpo desde el biopoder y aconductamiento del comportamiento motriz de las personas.

Todas estas formas de regulación, instauradas con la emergencia de las llamadas sociedades disciplinares, permiten identificar la tesis formulada en este trabajo: las formas políticas y económicas se encarnan en el cuerpo a través de juegos estratégicos de biopoder soportados y dirigidos por dispositivos de intervención y objetivación de la motricidad, los cuales a su vez se hacen efectivos en las organizaciones productivas. Todo eso indica que el cuerpo es regulado por el conjunto normativo de las instituciones. En el caso de la organización productiva, sus intereses rentables le imprimen aun mayor fuerza a ese objetivo en la medida en que lo administran racionalmente.

Un aspecto interesante que Michel Foucault señala en varios de sus trabajos con respecto al cuerpo tiene que ver con la necesidad de comprender cómo en el cambio hacia la modernidad el poder dejó de estar localizado en el aparato del poder monárquico, de manera que el poder se encuentra en la vida cotidiana, en las formas de domesticación y control de la transición hacia el nuevo sistema productivo.

De esa manera, el autor señala que nada cambiaría en la sociedad si no se transformaran de modo mucho más minucioso los mecanismos de poder que funcionan por fuera de los aparatos del Estado, debajo de ellos o a su lado; es él quien realiza un recorrido por las prácticas sociales encaminadas al control y disciplinamiento de la subjetividad en una amplia dimensión biopolítica. Respecto al papel del trabajo en esta dimensión, plantea:

El cuerpo humano es, como sabemos, una fuerza de producción, pero el cuerpo no existe tal cual, como un artículo biológico o como un material. El cuerpo humano existe en y a través de un sistema político. El poder político proporciona cierto espacio al individuo: un espacio donde comportarse, donde adoptar una postura particular, sentarse de una determinada forma o trabajar continuamente. Marx pensaba —así lo escribió— que el trabajo constituye la esencia concreta del hombre. Creo que esa es una idea típicamente hegeliana. El trabajo no es la esencia concreta del hombre. Si el hombre trabaja, si el cuerpo humano es una fuerza productiva, es porque está obligado a trabajar. Y está obligado porque se halla rodeado por fuerzas políticas, atrapado por los mecanismos del poder (Foucault, 1999: 42,43).

En este sentido, las relaciones de poder, distintas a las del sometimiento total y la dominación primaria características del feudalismo, empezarán a mediar en una serie de dispositivos materiales y lingüísticos. Estos dispositivos pretenderán persuadir y modificar la conducta y las representaciones del cuerpo en el nuevo mundo del trabajo, moldeando un cuerpo masculino o femenino en términos de instrumentalidad productiva y reproductiva. Estos procesos de reconfiguración de una nueva identidad dentro de los juegos estratégicos de poder trascienden a los campos de un biopoder, o en términos más contundentes de un somatopoder² que modificaría el discurrir del comportamiento masculino o femenino en la vida pública.

La microfísica del poder permite determinar cómo el poder disciplinario atraviesa los cuerpos y graba la norma en las conciencias. A partir de los siglos XVI y XVII, en el ejército, en las escuelas, los hospitales, los talleres y otros espacios se desplegaron

2. Esta denominación aparece en Foucault (1992), como otra manera de interpretar el poder ya encarnado según la cual el cuerpo modifica sus conductas en las relaciones cotidianas. El poder, plantea Foucault, no sólo restringe el cuerpo sino que también lo modela.

toda una serie de técnicas de vigilancia y control, de mecanismos de identificación de los individuos, de cuadrícula de gestos y de su actividad que fueron conformando determinados tipos de productores (Foucault, 1992: 25, 26).

En esta larga tradición de pensamiento, representada en gran parte por la teoría crítica, encaja epistemológicamente el tema del cuerpo productivo como ideal que orientaría la constitución del sujeto moderno. La preocupación puntual por comprender los elementos que constituyen el concepto de cuerpo productivo se aborda desde la reflexión por las implicaciones que tiene éste sobre las personas y las proyecciones que las organizaciones productivas hacen de sus objetivos e ideales. Racionalidad, rentabilidad y ahorro constituyen esos principios orientadores generales de los comportamientos corporales en la antesala de la industrialización.

Breve revisión histórica

Para empezar, haré una necesaria contextualización histórica y enunciaré las características generales que acompañaron la construcción social del cuerpo productivo y sus prácticas motrices. Es necesario retomar un punto clave de partida, señalado por Jacques Le Goff y Nicolas Truong (2005), quienes afirman que el cuerpo tiene una historia particular y que la Edad Media es parte fundamental de esa historia global del cuerpo. Esto va a ser muy importante para comprender cómo se llega a una modernidad construida de relevancias y opacidades, de continuidades y discontinuidades, en un constante flujo de mirar atrás y adelante para comprender el lugar del cuerpo y su motricidad.

La civilización de las costumbres de la Edad Media es una civilización de los gestos. En este mundo idealmente orientado hacia la espiritualidad, la renuncia a la carne y los templos de piedra, la gestualidad no tiene nada de natural. En esta sociedad fuertemente ritualizada, los gestos —manos juntas para la plegaria, beso de homenaje

del vasallo, promesas y contratos orales—, los movimientos y las actitudes del cuerpo están en el corazón de la vida social. Las representaciones y los hábitos también (Le Goff y Truong, 2005:116,117).

En contraste con lo que describe Le Goff, entre el Renacimiento y la Ilustración el cuerpo irá adquiriendo representaciones más concientes y menos místicas. La razón, como fuente orientadora por excelencia de toda la conducta humana, también intervendría en la manera como el cuerpo debería aparecer en público imponiendo los modales y las buenas formas de comportamiento.

Así, el cuerpo se va alejando del gesto de carácter místico explícito y va adquiriendo cada vez más una connotación que representa roles sociales, profesiones y especialización. La gestualidad sigue estando en el corazón de la vida social de la transición, pero se producen nuevos gestos, actitudes y esquemas corporales que obedecen de manera específica al uso del cuerpo en los espacios productivos o relacionados con el mundo del trabajo: mercados, talleres y plazas públicas.

El cuerpo es, pues, producto de los distintos momentos históricos con sus factores sociales y políticos. Su construcción desde lo productivo obedece a una moralización del valor del trabajo en la vida diaria. El trabajo como principio de civilización y control del cuerpo constituirá una nueva fuente de regulación moral y social.

El problema de la formación del cuerpo productivo tiene varios matices, y sin pretender abarcarlos en su totalidad, interesa esclarecer cómo eso que denominamos cuerpo es una construcción socio-histórica que particularmente adquiere una connotación rentista en el momento en que cambian las relaciones de producción e intercambio y con ello las percepciones frente a los tiempos de trabajo y de ocio. Esto implica también transformaciones en la manera de concebir la subjetividad y los usos corporales (modales, gestos, actitudes y comportamientos), es decir, la corporalidad como ejercicio público de nuestro cuerpo.

Sistemas de organización del trabajo

En medio de la reflexión por los procesos socio-históricos que perfilaron el cuerpo en una idea de productividad, se hace necesario identificar algunos sistemas de organización del trabajo que antecedieron a la consolidación de la empresa moderna, a saber: doméstico, domiciliario y fabril. Solamente se mencionarán con el ánimo de caracterizar de manera general y establecer diferencias y continuidades en lo que tiene que ver con el control motriz del cuerpo.

Como antesala, es interesante recoger lo que el historiador chileno Martín Hopenhayn³ señala al distinguir la construcción del concepto trabajo en la Edad Media. Para él, no es pertinente hacer una objetivación completa del concepto, puesto que sus fines oscilan entre los espirituales y los prácticos. De ahí que se diferencie el trabajo intelectual y creador (*opus*) de la labor repetitiva y pesada —de la agricultura, por ejemplo—, asociada a la penitencia. Asimismo, se diferencia del arte (*ars*) que se refiere al uso técnico de las herramientas. Aunque la distinción tiende a ser ambivalente, es claro que el ideal de la época estaba centrado en la vida monástica y contemplativa que aleja de las tentaciones mundanas, de la concentración en el cuerpo y en la materia. Las figuras que encarnan las tensiones en la Edad Media se pueden precisar, en palabras de Le Goff (2005) en el cuerpo abrumado del trabajador, el cuerpo ennoblecido del guerrero y el cuerpo puro del monje. En síntesis, el cuerpo durante la Edad Media (de la Europa Occidental) se sitúa como un referente mediador entre lo divino y lo humano; las experiencias del propio cuerpo están atravesadas por un deseo de trascendencia y a la vez por una evidente necesidad de supervivencia, lo que implica una jerarquización entre quienes pueden gozar de actividades contemplativas y de auto-examen, y quienes tienen que sumir sus vidas en actividades extenuantes de trabajo físico.

En ese proceso de transformación, de recurrencias y cambios de la Edad Media, entre la negación y exacerbación del cuerpo —entre la cuaresma y el carnaval, diría Le Goff—, se destacan las llamadas sociedades artesanales. Por su carácter de unificación con respecto a la relación cuerpo-trabajo, éstas tendrían como principio orientador para el aprendizaje de la acción corporal, el contacto directo con la fuente de saber; es decir, esta sociedad es fundamentalmente una estructura de aprendices y maestros, estos últimos portadores de un saber hacer encarnado e ilustrado por la experiencia y la tradición. Los usos de herramientas y materiales así como los movimientos y técnicas están inscritos de manera espontánea en la vida cotidiana, estando orientado el rol del aprendiz a un acercamiento constante y directo con los maestros, que dará como resultado la familiarización con herramientas, materiales y técnicas de trabajo.

Los esquemas motrices, entendidos como los patrones de movimiento y las estructuras mentales que éstos generan, en la sociedad llamada artesanal, obedecen a las sensaciones y creencias particulares construidas desde los sentidos; la experticia se alcanza al agudizar el sistema sensorial del cuerpo. Las nociones de medida, peso y volumen se encuentran incorporadas al conocimiento empírico de las personas, el movimiento es encaminado a lo largo de una serie de preámbulos exploratorios hasta alcanzar una familiarización con cada actividad del proceso. El papel de la transmisión de un saber hacer está dentro de la tradición y es reforzada por la presencia física del maestro, quien alcanza una valoración social especial al confiarsele, además, la formación espiritual del aprendiz, mediante la transmisión de una actitud, una manera de ser y hacer las cosas.

Se podría plantear que la dimensión espiritual del trabajo es una herencia de la concepción cristiana del cuerpo predominante en la Edad Media. El trabajo toma forma de bastón de apoyo

3. Ver Hopenhayn (2001) especialmente el capítulo tres: "Supervivencia y sentido: el valor del trabajo en la Edad Media".

para recorrer el “camino de la vida”,⁴ puesto que su instrucción no es sólo técnica sino también espiritual.

El proceso de manufactura de un bien dentro de este sistema de trabajo se da mediante el encuentro constante de maestro y aprendiz; las labores no están segmentadas o desarticuladas como actividades específicas; no se siguen protocolos estandarizados de producción ni se ofrecen los productos de manera masiva. Lo que se hace bajo esta forma de trabajo se comercializa de manera simplificada y bajo las especificidades de cada caso.

La motricidad en este contexto se da como construcción de subjetividad, de una experiencia propia y particular, que no supone necesariamente una total conciencia corporal, pero sí implica una relación íntima existente entre movimiento y trabajo; los rastros, señales y huellas características de asir en repetidas veces las mismas herramientas y ejecutar variados movimientos dan al cuerpo la posibilidad de una experiencia estética cercana a la creación individual; la regulación propia de tiempo y movimiento brindan la percepción continua de todo el proceso creativo, desde la elección de los materiales hasta la sutileza de los decorados finales.

Muchas de estas actividades encajan en una estructura de vida doméstica que, aunque entra a ser regulada por la presencia de las agremiaciones, sigue manteniendo su carácter familiar. Las relaciones sociales se dan en marcos de referencia personal, de reconocimiento entre familias y de herencias culturales. El crecimiento de los llamados burgos, lugares donde convergen trabajadores agrícolas y artesanos en busca de legitimación social, permite la consolidación de gremios, y a través de ellos se abre la posibilidad

de dignificar el trabajo, de construir normas, de adquirir privilegios y protección. De esta forma, podría decirse se empiezan a construir dinámicas de institucionalización del trabajo bajo unas normatividades.

Lo que se viene describiendo cabe dentro de un proceso de consolidación de nuevas mentalidades —como se diría parafraseando al célebre historiador francés de la Escuela de los Annales, Fernand Braudel⁵— caracterizado por cambios cíclicos que en un momento determinado pudieron manifestar serias transiciones a nuevos modelos económicos y de sociedad. Desde este punto de vista, con el trabajo sobre el Mediterráneo, el autor francés logra trazar lineamientos que permiten acercarse a la historia de la consolidación y el desarrollo del capitalismo, dando especial relevancia a los flujos de las comunicaciones y las modificaciones hechas a las estructuras del Estado. Todo esto tendrá una importancia contundente en la formación del cuerpo productivo.

Situar el cuerpo productivo como un efecto directo de la revolución industrial es un equívoco, en tanto que este acontecimiento devela fundamentalmente profundos cambios estructurales, es una expresión de las transformaciones sufridas en el sistema económico y social, así como en las mentalidades que hacen que emerjan nuevas formas de ordenar y administrar el trabajo.

La gran transformación, como le llamaría el historiador Polanyi (1996), es, pues, un proceso de larga duración, donde de manera particular y en ese continuo de regulaciones del cuerpo y sus recorridos en el espacio, sus actuaciones y roles, se dan las transformaciones económicas y sociales que permiten la transición de las aldeas autónomas a una sociedad creciente, dinámica

4. Se retoma la expresión “camino de la vida” de Le Goff y Troung (2003:78) para indicar cómo el cristianismo encuentra en la ideologización del trabajo una manera para codificar el comportamiento del cuerpo. Dicen los autores: “La respuesta del cristianismo a la persistencia y a la resistencia del cuerpo, en particular a través de las prácticas populares, consistirá pues en civilizarlo, en enmarcar sus irreductibles manifestaciones. A falta de poder controlarlo, domarlo por completo, la Iglesia intenta codificarlo. Dominar la vida y la muerte”.

5. Cfr. Braudel (1953) y Peraza (S.f.). En este último se comentan los aportes conceptuales del autor para definir el perfil de la nueva historiografía francesa.

y cada vez más articulada, gracias al desplazamiento de la gente y al comercio ambulante, que dará un nuevo valor a la actividad agrícola, permitiéndole superar su carácter penitencial, al ser valorada como esfuerzo creador que ayuda a proveer lo necesario para subsistir y como soporte de la nueva estructura social.

Para la construcción del acto motriz de un cuerpo productivo, este proceso tendrá significados que se aproximan cada vez más a la planeación y al control. Es así como se plantea una conciencia religiosa laica, en cuya lógica no se niega el cuerpo. De ese modo, el sujeto ya no se encuentra pagando una condena sino que empieza a ser parte de un sistema productivo y de intercambios que lo dignifican a través del valor moral y social representado en el acto de trabajar. Podría decirse que el cuerpo aparece como sujeto de una moral social en el plano de un mundo material y no sólo espiritual. Como efecto de estos cambios cobran visibilidad lugares específicos para hacer mercados y ferias comerciales que dan origen a la figura del mercader, quien les imprimiría nuevas dinámicas a las formas de producción, en tanto que cumpliría el papel de intermediario entre fabricantes y compradores.

Ya en este momento empieza a evidenciarse una intromisión de las lógicas del mercado en la vida familiar. Los tiempos y la dinámica interna de la estructura productiva familiar empiezan a ser regulados por las demandas que hace el mercader como figura del nuevo sistema en gestación. Como lo plantea Polanyi: “La sociedad es gestionada en tanto que auxiliar del mercado. En lugar de que la economía se vea marcada por las relaciones sociales, son las relaciones sociales quienes se ven encasilladas en el interior del sistema económico” (1996:104,105).

La estrategia del mercader sería la de ubicar y encomendar la realización de las manufacturas a las familias o sistemas domiciliarios de pequeños productores que trabajaban con sistemas poco racionales, para luego él encargarse de recoger lo producido y llevarlo al mercado, desde un lugar de intermediario que singulariza y tipifica el sistema denominado domiciliario. Pese a su efectividad en la dinamización del mercado, por

su constante movilidad el mercader no podía realizar un control directo de los materiales y los tiempos que cada familia utilizaba en la producción, lo que finalmente afectaba sus intereses.

El mercader reorganiza las formas de la distribución de riquezas, a él se le permite la ganancia sin estar comprometido de manera directa en el proceso del trabajo. El problema que esto planteó en principio tiene que ver con la acumulación de ganancias del intermediario pero la poca retribución al productor, quien solía compensar este desequilibrio con el manejo inadecuado de los materiales, incluso con robos. Estas razones, sumadas al escaso control de las materias primas y al crecimiento gradual de los mercados, contribuyeron a identificar la necesidad de concentrar en un mismo espacio físico los factores de la producción y de ejercer mayor control sobre el trabajo.

Si bien se estaba consolidando formalmente la sociedad de mercado, es posible plantear que ya en el seno del sistema domiciliario se empezaba a insistir en la objetivación de la familia como cuerpo estructural al cual encomendar de manera cada vez más racional la productividad para abastecer los mercados que pasaron de ser irregulares a cada vez más concurrenciales y formales. Se dió una transición, como dice Polanyi, de un mercado autorregulado a un mercado autorregulador, es decir, orientado desde la lógica de la ganancia económica, en detrimento de los nexos de sangre, parentesco y solidaridad relevantes anteriormente.

Esta “gran transformación introduce a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX en Europa Occidental una novedosa separación de las esferas de la vida social, comercial, económica y política, como consecuencia de la cual, se consolida una “sociedad de mercado”. En palabras del autor:

Como hemos mostrado, no ha existido ni en el sistema tribal ni en la feudalidad o en el mercantilismo un sistema económico separado de la sociedad. La sociedad del siglo XIX, en la que la actividad económica estaba aislada y funcionaba por móviles

económicos muy diferentes, constituyó un hecho de una innovación singular. Este modelo institucional únicamente podía funcionar sometiendo de alguna manera a la sociedad a sus exigencias, pues una economía de mercado no puede existir más que en una sociedad de mercado (Polanyi, 1996: 126).

Con la consolidación del modelo de sociedad de mercado, se instaura una lógica en la cual tierra, capital y trabajo pasan a ser mercancías desarraigadas de su valor social, y en su lugar se establecen normas, decretos y otras formas de control por fuera de la tradición, el uso y las costumbres. La sociedad de mercado es el principio de una nueva relación alrededor del valor social del trabajo, ya que éste pasa a ser explicado por una lógica de intercambios comerciales.

El rápido desarrollo urbanístico, propiciado por el dinamismo del mercado, concentró en las ciudades a gran número de hombres y mujeres dispuestos a establecer nuevas relaciones con su identidad corporal. La concentración demográfica afectaría todo el sistema tradicional de vida; las humeantes chimeneas se convirtieron en el telón de fondo del paisaje urbano, los ruidos industriales caracterizaban el nuevo sistema fabril.

El mundo fabril se caracterizará por ver en el cuerpo del trabajador el principio para reorganizar toda la actividad productiva y buena parte de la nueva conducta social. Entre los siglos XIX y XX, estará oscilando entre un control directo e indirecto, físico y psicológico de la subjetividad, ajustándola a la necesidad de producir un personaje asiduo, respetuoso de la norma y ajustado al ritmo del taller planeado.

En todo ese conjunto de operaciones con el cuerpo estaba implícito un riguroso control disciplinar, manifiesto en los desdoblamientos de cada método y en la concepción de un ser humano biológico de movimiento (anatómico-mecánico), hacia los cuales la institución escuela, la Educación Física y la administración dirigieron su atención, al reconocer que la educación del cuerpo sería el soporte para todos los cambios que se

sucedieran con la modernización del sistema de vida propuesto por el naciente capitalismo.

Esta transformación hará que el cuerpo sea percibido como blanco de poder, ya que para el sistema productivo capitalista, desde su concepción clásica planteada por Adam Smith, el trabajo es el único medio para generar valor agregado, un trabajo que en principio será directamente físico y adicionado a la composición estructural de la máquina.

El proceso formal de industrialización comenzará a exigir del individuo una redefinición de su propia vida: hábitos, valores, creencias y comportamientos. Así, cada vez que el sistema de producción capitalista y su consecuente exaltación del trabajo no encuentra al trabajador que necesita, busca formarlo física y mentalmente para hacerlo eficiente y compatible con los ritmos, espacios y técnicas de la producción industrial.

Este proceso, que redefine la mentalidad del hombre y su nueva relación con el trabajo, hace que el cuerpo humano se vuelva objeto de un minucioso control, expresado en la regulación de movimientos, gestos, actitudes y comportamientos, cuyos resultados son consagrados, no tanto a la profundización de la intimidad y al conocimiento de su motricidad, sino a la sujeción y al aumento de las habilidades técnicas.

Consolidación del capitalismo

Desde los planteamientos del filósofo alemán Carlos Marx con respecto a los orígenes y lógicas del capitalismo, el cuerpo y su motricidad se constituyen como ejes fundamentales para la aplicación del trabajo racionalizado del nuevo sistema productivo en la sociedad modernizada, elementos constitutivos de las relaciones interpersonales y de crecimiento del capital.

El trabajo aparece históricamente como factor que ayuda a la domesticación del cuerpo. Sin embargo, este concepto ha sufrido una evolución a lo largo de la historia. A este respecto, será útil aclarar la significación que le da Marx en la formación de la sociedad capitalista:

El individuo no puede actuar sobre la naturaleza sin poner en acción sus músculos bajo la vigilancia de su propio cerebro. Y, así como en el sistema fisiológico colaboran y se complementan la cabeza y el brazo, en el proceso de trabajo se aúnan el trabajo mental y el trabajo manual. Más tarde, estos dos factores se divorcian hasta enfrentarse como factores antagónicos y hostiles. El producto deja de ser fruto del productor individual para convertirse en un producto social, en el producto común de un obrero colectivo [...]. Ahora, para trabajar productivamente ya no es necesario tener una intervención manual directa en el trabajo; basta con ser órgano del obrero colectivo, con ejecutar una cualquiera de sus funciones desdobladas. [...] De otra parte, el concepto de trabajo productivo se restringe. La producción capitalista no es ya producción de mercancías, sino que es, sustancialmente, producción de plusvalía (Marx, 1995: 425).

El hecho de que el obrero haya tenido que desarticlar su sistema tradicional de vida y alquilar su fuerza de trabajo a un sistema que buscaba generar ganancia por medio de él desmejoró las posibilidades que éste tenía de integrar todas las dimensiones del desarrollo humano a su motricidad.⁶

La ideología de la burguesía naciente propendía por una revaloración del trabajo como propiedad del individuo. Así, la expresión clásica del liberalismo ilustrado al defender la idea de igualdad ante la ley y de libertad de las personas para decidir sobre sus vidas coincidió en el trabajo como la instancia en donde se manifestaría la diferenciación entre las personas en razón de su especialización.

Esto significó la ruptura de la igualdad entre los hombres por las dotes o cualidades naturales,

talentos y capacidades competitivas que cada uno traía consigo y lograba desarrollar. Además, este supuesto equilibrio se vio amenazado por el interés de racionalizar y buscar mejores métodos para la función del trabajo. Se privilegió, en consecuencia, la libertad individual basada en una ética relacionada con la productividad.⁷

Con el modo de producción capitalista, el trabajo, desde una perspectiva sociológica, paulatinamente dejó de servir a la satisfacción de las necesidades vitales inmediatas de la estructura social y pasó a constituirse en mercancía y valor de cambio, connotando al cuerpo con ese mismo sentido. La fuerza de trabajo (el cuerpo) pasó a ser un modo de subsistencia para unos y perspectiva de acumulación para otros, siendo esta variación técnica relacionada con el uso del cuerpo en el trabajo un elemento fundamental para recomponer las dinámicas de motricidad del sujeto.

El cuerpo se erigió como ente objetivo, manipulable, un instrumento para la expansión del capital. En este nuevo contexto, la experiencia motriz estaba precodificada en los protocolos técnicos que anteceden al proceso de trabajo. La fábrica, una característica del proceso de modernización, no sólo tenía como objeto concentrar y organizar las nuevas fuerzas productivas (tierra, trabajo y capital) desde una lógica rentable, sino que —en el caso específico del cuerpo del trabajador y su distinción de género— también debía convencer a las personas —hombres y mujeres— del valor moralizante del trabajo para la sociedad productiva.

Por lo tanto, la regulación del cuerpo, su estudio meticuloso, la medición de sus tiempos y movimientos en la acción motriz del trabajo tiene incidencias que van más allá de la mera función instrumental, como lo plantea el español Claudio Esteva-Fabregat:

6. La *motricidad* involucra la conciencia de la actividad corporal y se ve refleja en la plasticidad, la estética y la lúdica del cuerpo; lo *motriz* hace referencia a la construcción de los esquemas corporales de las personas con los cuales se interpreta y se representa el mundo.

7. En Weber (1985) se detecta allí una relación muy directa entre la exaltación del trabajo como valor social y la nueva concepción del mundo inaugurada con los planteamientos de Lutero y Calvino.

Los resultados de toda acción en el trabajo humano se reflejan en el hombre mismo, y es en éste donde son significativos. En este punto, la organización del trabajo industrial moderno desarrolla relaciones dinámicas entre la técnica mecánica, por una parte, y la conducta humana por otra (1984: 19).

En lo que se viene planteando se enfrentan las nociones de trabajo y trabajador. De allí la necesidad de mostrar el cambio de connotación que introdujo el mundo del trabajo fabril en la motricidad del trabajador y sus imaginarios sociales correspondientes. La noción de labor, entendida como de supervivencia, será sucedida por la de trabajo, en cuanto que éste pretenderá fines durables y rentables, menos mediatos y esto lo distinguirá de la labor como función primaria.⁸

Planteada la redimensión del trabajador y su cuerpo como generador de valor agregado y como posibilidad para generar plusvalía,⁹ en el sistema fabril se pone en marcha la serie de protocolos y discursos que desde la organización productiva formalizada se hicieron extensivos a la cultura general a través de la práctica administrativa en la empresa y el sistema educativo.

La motricidad se orientaría al aprendizaje sistemático y la automatización de las posibilidades motrices del cuerpo, como se demuestra en la intención de controlar tiempos y movimientos del cuerpo, objetivo primordial de la denominada administración científica que empezó a tomar

forma con los trabajos de Frank Gilbreth en la Norteamérica de finales del siglo XIX y tendría su consolidación en la obra del ingeniero industrial F. W. Taylor.

Ese nuevo orden social y económico, al legitimarse en las fábricas, terminó promoviendo la sumisión individual frente al poder del capital y valorizó el culto a la razón al privilegiar la técnica y la teorización. El naciente empresario, al observar la naturaleza de manera metódica—incluyendo el cuerpo del trabajador—, tuvo como objetivo primordial la obtención del máximo dominio con el fin de explotarlos en provecho del mercado.

El cuerpo productivo: evolución del concepto en un nuevo contexto social

Este recuento de los referentes del cuerpo productivo va acompañado de profundas transformaciones en las redes y vínculos sociales, al grado que a principios del siglo XIX se empieza a identificar de manera clara el nuevo escenario de las relaciones sociales entre las personas, en la llamada “cuestión social”, término que se empleó en 1830 para describir las problemáticas de las poblaciones que eran agentes y “víctimas” de la revolución industrial.

Como consecuencia de la separación de lo económico y lo social surgen las luchas sociales, entre el reconocimiento de los derechos del ciudadano y la defensa de un orden económico paralelo y autónomo. De esa manera, se va ubicando la problemática social en un lugar intermedio, ni estrictamente político ni solamente económico. En

8. Para aclarar esta distinción se recomienda ver el planteamiento de Hannah Arendt (1974). Esta reflexión hace diferencia entre las ideas de labor, trabajo y acción, destacando el papel de cada una de estas formas frente a la condición humana y en relación con las condiciones de creatividad o enajenación para quienes participan de los distintos modos de producir.

9. Para ampliar el concepto de plusvalía (valor agregado) habrá que decir que en primera instancia éste es acuñado por Marx y puede ser entendido desde la reconfiguración de la noción de trabajo, ya no como trabajo artesanal sino como trabajo inscrito en un nuevo sistema de producción, constituido por unos medios técnicos ajenos al trabajador mismo—lo que hace que esté imbuido en relaciones sociales de producción colectivas, no particularizadas, donde el trabajador es una pieza más del sistema, no es un sujeto individual—, por el cual se genera una ganancia de la cual se sustrae al trabajador como portador de fuerza física y mental, ganancia que es apropiada por el dueño de los medios (fábrica, empresa).

este contexto, la cuestión social se convertía en la pregunta por el lugar que debían ocupar en la sociedad industrial las franjas de los trabajadores más desocializados; era necesario crear sistemas de regulación diferentes de los del mercado.

La “cuestión social” es una aporía fundamental en la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura. Es un desafío que interroga, pone de nuevo en cuestión la capacidad de una sociedad (lo que en términos políticos se denomina una nación) para existir como un conjunto vinculado por relaciones de interdependencias (Castel, 2004: 20).

En este momento nos enfrentamos de nuevo a la pregunta de cómo adjetivar y objetivar el cuerpo. Si bien durante el siglo XX se habló del cuerpo en términos de productividad intrínseca, esto ha venido cambiando, lo cual impone un camino diferente para la construcción de una cultura corporal que valore las prácticas motrices segmentadas en los espacios de trabajo.

En el reordenamiento de la sociedad de mercado se empezó de manera paulatina lo que algunos autores han denominado proceso de deslocalización de la actividad industrial, entendida como las nuevas formas organizativas del trabajo que las grandes compañías asumieron como estrategia para permanecer.

Esta segmentación de las grandes compañías, símbolos de la revolución, marcó nuevas dinámicas de fusión a la par que dio lugar a la administración de compañías sólo con la función de producir una pieza dentro de la nueva red. Se comenzó una redefinición de la empresa que incluyó la redefinición del papel de las personas. Las empresas de orientación fabril, como consecuencia, experimentaron profundas transformaciones en sus mercados habituales, lo que llevó a la mayoría de ellas a adaptar sus estrategias al cambio.

Si el mercado está, al parecer, dinamizado también por otros factores, sería ilógico sólo preocuparse por producir bajo estrictas orientaciones de administración científica, lo que indicará una revisión de toda la estructura de producción y dentro de esta, el cuerpo del asalariado como uno de los agentes determinantes.

El cambio en las redes del mercado produjo, pues, el surgimiento de nuevas formas organizativas del trabajo que distaban de aquellas de principios del siglo XX. Los llamados procesos de globalización y transnacionalización de las compañías más grandes hicieron que la fuerza productiva empezara a concentrarse en otras latitudes, cuyos mercados laborales ofrecían condiciones más favorables.

En este proceso de transformación, la tercermundización del cuerpo productivo está determinada por aspectos relacionados con el bajo valor del esfuerzo físico, materias primas y tierras. Los mercados del trabajo de Asia, África y Latinoamérica ofrecen estas ventajas debido a su mano de obra poco calificada y reforzando la situación por la inestabilidad política de estas regiones y el poco desarrollo de sus democracias.

La noción de cuerpo productivo y su motricidad enmarcada ya por el contexto posindustrial cobra importancia por la “nueva cuestión social”. Ésta —tipificada por un mercado laboral flexible, mayor movilidad social y reconfiguración de las relaciones contractuales— se presenta en el contexto de una modernidad denominada por el sociólogo Z. Bauman como líquida, acuosa, al término de no dejarse solidificar en las instituciones. Esta nueva condición le imprime otras características a las relaciones del cuerpo y la construcción de la identidad del trabajador en el actual sistema de mercado.

De hecho, [el trabajo] por lo general en la actualidad está desprovisto de lo que definía para Hegel: no es la exteriorización (Entausserung) por la cual un sujeto se realiza inscribiéndose en la materialidad objetiva de lo que crea o produce. Los millones de

empleados o de técnicos “que trabajan” en la pantalla de visualización no “realizan” nada tangible. Su actividad práctico-sensorial está reducida a una pobreza extrema; su cuerpo, su sensibilidad, puesta entre paréntesis. [...] Para los trabajadores de lo inmaterial como para la mayoría de los que ofrecen servicios, los “productos” de su trabajo son evanescentes, consumidos al mismo tiempo que se realizan. Es raro que esos “trabajadores” puedan decir: “he aquí lo que hice. He aquí mi obra” (Gorz, 1998:12).

El desempleo mostró el talón de Aquiles de los años de crecimiento y de progreso; la noción de Estado-Nación se debilitó, al igual que el estado social del cual dependía. La política social de un Estado mantuvo la cohesión social y las exigencias de la política exterior, a saber, ser competitivo y “poderoso” (Castel, 2004: 401). Desde los setenta las reglas han venido cambiando y la solicitud de un sujeto que se adapte al cambio se ha hecho más relevante.

La precarización y la flexibilización del trabajo son igualmente preocupantes para el nuevo encargo del cuerpo, pues el contrato a término indefinido es cada vez menos frecuente y la actividad a realizar cada vez menos definida. Actualmente hay una gran diversidad y discontinuidad en las formas de emplearse y de ser empleado, a diferencia del empleo estable y homogéneo que reinó como paradigma de la responsabilidad de las empresas.

Hoy flexibilizar la estructura de trabajo en la empresa es una forma de llamar al ajuste del trabajador a sus tareas. En las organizaciones se administra las actividades por procesos y en las calles aparecen

cientos de formas de trabajo desreguladas para tratar de ser productivos y no caer en las garras del ocio. Esta realidad señala también la emergencia de nuevos componentes en la cultura corporal de los trabajadores, afiliados o desafiados,¹⁰ en nuestro contexto, nuevas prácticas motrices que incluso ponen en riesgo la vida de quienes en los semáforos de las ciudades latinoamericanas, arriesgan su vida para vender algún lápiz chino, un jugo de naranja o parados en una esquina clave de la ciudad esperan, pala en mano, que resulte algo para hacer, el extremo de la precarización de quienes viven de acarrear arena.

Ahí están con su edad, con sus puños, cabellos, venas, la compleja sutileza de su sistema nervioso, su sexo, su estómago. Su tiempo deteriorado, su nacimiento que tuvo lugar y que fue para cada uno el comienzo del mundo, el paso inicial del camino que los llevó hasta allá (...) Esos pasos decaídos. Esta ausencia de recorrido que hay que recorrer. Estas caras estos cuerpos (Forrester, 1997: 42-43).

Sin embargo, las cosas siguen contrastando si se hace notar que las empresas más competitivas, en los balances de las revistas de negocios son a menudo las más selectivas del personal y por lo tanto, en cierto sentido, las más excluyentes. Nótese que a menudo la publicación de los planes sociales aparece acompañada de los positivos balances comerciales; la empresa sigue siendo la expresión de lógica del mercado y de la economía en general, y bajo este marco axiológico que determina su campo institucional, reduce el problema del trabajo a sus límites exclusivamente rentables; de manera que cabe allí seguir preguntando por lo corporal como una posibilidad para el desarrollo humano.

10. Estos dos conceptos son ampliamente trabajados por Castel (2004). El autor plantea una nueva lectura del papel que las actuales condiciones del trabajo tienen frente al vínculo social. Estos conceptos contradicen la noción de exclusión social. Así, se plantea que el asalariado más que excluido se encuentra envuelto en un juego de salidas y entradas al sistema, como consecuencia de las cuales su condición de trabajador se ve amenazada de manera permanente, y se fragmenta su identidad y moral más personales.

Referencias

- Arendt, H. (1974). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (1995): Labor, trabajo y acción. En *De la historia a la acción* (pp. 89-107) Barcelona: Paidós.
- Castel, R. (2004). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Battaglia, F. (1955). *Filosofía del trabajo*. Revista de Derecho Privado, Madrid.
- Bendix, R. (1966). *Trabajo y autoridad en la industria. Las ideologías de la dirección en el curso de la industrialización*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bourdieu, P. & Wacquant L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Braudel, F. (1953). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 volúmenes. México: Fondo de Cultura Económica.
- Campuzano, J. (2005). *Cogepuercos, faldas y pantalones. Relatos históricos de algunos aspectos del diario vivir de los obreros fabriles en Medellín en la década de 1920*. Monografía de Historia. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Cruz Kronfly, F. (2006). *Del hombre como fin al hombre como medio en la producción: los límites del humanismo organizacional*. Presentación de conferencia sobre temas organizacionales a profesores y estudiantes.
- Cunha Da Viera, M. (2004). *El deporte y la motricidad humana: Teoría y práctica*. Memorias de la ponencia presentada en el Simposio Internacional Cuerpo, Motricidad y Desarrollo Humano, 19 al 22 de mayo, Medellín.
- Dávila, C. (compilador). (2003). *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX. Una colección de estudios recientes*, Tomos I y II. Bogotá: Norma.
- Esteve-Fabregat, C. (1984). *Antropología industrial*. Barcelona: Anthropos.
- Fossier, R. (2002). *El trabajo en la Edad Media*. Barcelona: Crítica.
- Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona, Paidós.
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- Goffman, E. (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1963). *Stigma: notes on the management of spoiled identity*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Heilbroner, R. (1974). *La formación de la sociedad económica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Herrera, C. (2007). De la escuela a la ciudad: cuerpos civilizados, sujetos modernos. El caso colombiano en la primera mitad del siglo XX. En *Educación, cuerpo y ciudad. El cuerpo en las interacciones e instituciones sociales*. Medellín: Funámbulos editores.
- Hobsbawm, E. (2002). *Industria e imperio. Historia de Gran Bretaña desde 1750 hasta nuestros días*. Barcelona: Ariel.
- Hopenhayn, M. (2001). *Repensar el trabajo. Historia, profusión y perspectiva de un concepto*. Buenos Aires: Norma.
- Le Breton, D. (2003). El cuerpo y la naturaleza en la Edad Media y el Renacimiento. *Kenos, Revista digital de la página cultural Temakel*. Nº 3, octubre.
- Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Goff, J. (1983). *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*. Madrid: Taurus.
- Le Goff, J. & Truong, N. (2005). *Una historia del cuerpo en la Edad Media*. Barcelona: Paidós.
- Marx, C. (1995). *El capital. Crítica de la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Merleau-Ponty, M. (1985). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Mondolfo, R. (1974). *El pensamiento antiguo. Historia del pensamiento greco-romano Vol. Uno*. Buenos Aires: Losada S.A.
- Moreno, W. & Pulido, S. (comp). (2007). *Educación cuerpo y ciudad. El cuerpo en las interacciones e instituciones sociales*. Medellín, Funámbulos editores.
- Peraza (s.f.). *La aportación teórica de Fernand Braudel a la historiografía*
- Polanyi, K. (1996). *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: La Piqueta.
- Restrepo, L. A. (2000). *Pensar la historia*. Medellín: Stendhal.
- Rostand, J. (1982). *El juego de lo posible*. Barcelona: Grijalbo.
- Schvarstein, L. (1991). *Psicología social de las organizaciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Schvarstein, L. (2004). *Diseño de organizaciones. Tensiones y paradojas*. Buenos Aires: Paidós.
- Sen, A. (1999). *Desarrollo y libertad*. Bogotá: Planeta.
- Sennet, R. (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.
- Sennet, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Taylor, F. (1961). *Principios de la administración científica*. México: Herrero Hermanos sucesores.
- Touraine, A. (1993). *Crítica de la modernidad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, A., Durand, C., Pécaut, D. & Willener, A. (1970). *Los trabajadores y la evolución técnica*. Barcelona: Nova Terra.
- Uribe, B. (2006). *La objetivación del cuerpo, un dispositivo de poder en las organizaciones*. Medellín: Universidad Eafit.
- Vélez, O. & Galeano, E. (2002). *Investigación cualitativa. Estado del arte*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Vernant, J.P. (2003). La bella muerte y el cadáver ultrajado. En *Contratiempo. Revista de Pensamiento y Cultura*, Año 3, No. 6, otoño-invierno. Disponible en: <http://www.revistacontratiempo.com.ar/iliada.htm>, consultado el 6 de junio de 2008.
- Veyne, P. (1984). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid: Alianza.
- Weber, M. (1985). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Orbis.